

# EL AMANECEER Y EL DESEO

A Eufrasio Guzmán

FELIPE  
RESTREPO  
DAVID

**A**l morir, alrededor de 30 mil libros componían el mundo de Nicolás Gómez Dávila (1913-1994). Una biblioteca tan grande como la que durante su vida reunió Alfonso Reyes; y si para este era su “capilla alfonsina”, para Gómez Dávila era su santuario, el lugar de sus peregrinajes. Una biblioteca hecha durante más de sesenta años, con lo selecto de la cultura europea; y cada autor en su lengua original: no creía en las traducciones. ¡Cómo se lamentaba de no haber aprendido ruso para conocer a Tolstoi!, aunque en sus últimos años estudiaba danés para entrar en los misterios de Kierkegaard.

En algunas fotografías uno lo puede ver al lado de inmensos y casi doblados estantes, como frutos maduros listos para desprenderse; al frente, su calentador y una larga sábana, que protegen sus piernas de garza. Y esa mirada de animal inofensivo, un tanto sonriente, solazado en sí mismo, acurrucado, en paz. Tranquilo: de sí y consigo mismo. Y una luz suficiente, como iluminando lo preciso en ese recinto; ni resplandor ni penumbra; puro equilibrio de lo apacible, acaso de lo tenue. Y entre las preferencias de lector, siempre Grecia:

El mejor libro de aventuras marítimas es la *Odisea*,  
el mejor libro de aventuras terrestres es la *Anábasis*  
(*Nuevos escolios I*).

Si hubiera que elegir entre todos los libros el  
más grande, yo elegiría *Historia de las guerras del*  
*Peloponeso* (*Notas*).

Pero entre esa actitud contemplativa de unos ojos  
sin afán y de unas piernas que duermen en su calma,

aparece una tormenta silenciosa, como esas que sin anunciarse ya lo arrasan todo. He ahí el verdadero movimiento. Libros que como ríos llevan a diferentes cauces, a profundidades que se han intuido en esas corrientes de negros barros. Barros que son el fondo de la propia alma.

Leer sin comprometerse no es más que una futilidad laboriosa. Todo libro debe tener para nosotros la faz indeterminada de un destino y toda lectura debe dejarnos más ricos o más pobres, más dichosos o más tristes, más seguros o más inciertos, pero nunca intactos [...] Todo libro que no encuentra nuestra secreta carne, desnuda, irritada y sangrante, es un mero refugio transitorio (*Notas*).

Esa intensidad en la lectura es la actitud esencial en Gómez Dávila: el deseo. La fuerza con que se camina, se ama, se permanece y se arriesga es la verdadera medida del alma y del cuerpo. El deseo es el origen de las ideas, de las emociones, y no escatima ni da treguas, no mezquina ni espera. Entrega cuanto tiene en sus manos a cambio de nada; se rinde sin promesas, y puede agotarse en su propio presente sin volver al pasado ni desesperar por futuros hechos de humo; es el ímpetu y el vigor con que se nos lanza: solo dependerá de nosotros el tiempo que seamos capaces de permanecer en ese vuelo.

Es la vida la que vibra y bulle en ese querer que no duda de sí: "Toda verdad va de la carne a la carne" (*Escolios I*). El deseo se siente ansioso, corriendo y gritando, a pleno sol; porque así, y solo así, es la alegría de la piel desbordada. Es volcánico, sofocante e impulsivo. De otra manera no hubiera podido ser ese mundo de libros de Gómez Dávila: al interior, en el cuerpo quieto y sereno, estallaba el fuego.

No era movimiento para solo agitarse, como quien da vueltas en un cansancio infinito, sino para elevarse y encontrar sentido, y, sobre todo, para hallar placer, para colmar la pasión que brinca latiendo en los ojos; es el juego del que salta en los bordes

del abismo, sin miedo ni vértigo, solo por desafío, mirando de frente al vacío. Ahí está el guerrero y su sangre rebelde.

Mejor no ser nunca nadie, mejor no ser nunca nada que matar en nosotros el deseo, que extinguir nuestra sed (*Notas*).

Una sed que anhela aguas abundantes y hondas, aunque solo logre oír un leve rumor de agua; y no importa que esa sed no llegue al oasis, sola en su desierto puede presentir esa humedad que la insufla de ánimo, de viento para continuar, pues toda sed jala con más sed. Y tampoco importa el tamaño; cuando el deseo vive, aunque sea de sí mismo, ya hay un principio, un partir, y cualquier horizonte puede vislumbrarse al dar el primer paso.

De lo importante no hay pruebas sino testimonios (*Notas*).

Así, nuestro cuerpo es narración, relato de las emociones de los días; y cualquier pensamiento que pretenda ser palabra de ese deseo solamente puede vibrar con la sangre; que transpira ante el quejido ahogado; que se oculta y se temple ante el sollozo. Esa, nuestra realidad: "Carne del mundo, donde la carne resucita" (*Textos*). Cuerpo sensual y erótico que es soberano de sí, sin restricciones.

Proclamarnos autónomos es no querer más amos que el vientre y el sexo (*Nuevos escolios I*).

Aunque esa servidumbre del deseo jamás es el exceso que irrita y agota hasta la repetición tediosa. Se trata de la sensualidad griega que Gómez Dávila creía, con fe espiritual, como la más alta expresión del cuerpo: una ética de la vida en busca de la armonía y del equilibrio, musicalidad del gesto amoroso.

Que ese cuerpo que duerme abandonado junto al nuestro y esa dulce curva que nace en la nuca y fluye hasta el vientre no perezcan (*Notas*).

Una poesía y unas ideas que se fecundan en el pensar pero que solo a través del cuerpo se hacen forma filosófica; de otra manera no habría más que aridez, infertilidad. Un pensador que, en realidad, es un artista:

La mano que no supo acariciar no sabe escribir (*Nuevos escolios I*).

Y en ese gesto de acariciar que es el escribir, hay un estado ineludible: “Las palabras llegan un día a las manos del escritor paciente como bandadas de palomas” (*Notas*). Pero un esperar que es vivir, y vivir es el corazón mismo del pensar. La palabra se forja, única e irremplazable, en una invisibilidad que luego lo sustentará todo, y de la que se verá esa dura punta de diamante que es el aforismo.

Así, no hay desarrollo sino resultado, pero solo como sugerencia y alusión. Ese es el estilo conciso, contenido y elíptico de su prosa que puede mostrar, de una idea, su parte más madura o apenas su inicio: el resultado, entonces, es aquí un final pero también un origen. La brevedad es como esa imagen de las poternas con las que tanto se identificaba Gómez Dávila; esas puercecitas en las esquinas, o en los lugares más inesperados, que comunican, como atajos, a otros cuartos o a otras salidas.

Una brevedad que es consideración y respeto: no cansar con lo prolijo, no llevar hasta el hastío; detenerse antes, tal como lo hace el deseo, que rodea como animal atento y quieto, para después atravesar los caminos inusitados. Las poternas se abren no solo al que sabe esperar sino al que sabe ver; y, sobre todo, se cierran rápidamente ante aquel que no se atreve. Por eso, la escritura de Gómez Dávila quiere ser sencilla pero impredecible; construida con palabras comunes que dibujan otros mundos más allá de los que trazan.

Además, una escritura que se empeña en mantener su temperatura con los matices de un tono que va de lo irónico a lo trascendental; con un perfecto control de la gramática, que es más de artesano que de

La escritura de Gómez Dávila quiere ser sencilla pero impredecible;  
construida con palabras comunes  
que dibujan otros mundos más allá de los que trazan.

erudito; y con una tensión racional que sabe que la claridad es la prueba irrefutable de la madurez de las ideas.

Y fue esa poética de la brevedad la que lo llevó, precisamente, al escolio: “La vida escribe sus mejores textos en apéndices y márgenes” (*Sucesivos escolios*). Lo implícito es la vida misma, la biblioteca que también hace parte del cuerpo y del alma. Escribir los escolios es creer en la humildad, en el fragmento, en la realidad inconstante que completamos con la imaginación; no es saberse menos sino pequeño; y en esa pequeñez no andar atrás de la vida; más bien, es ubicarse a su lado, y caminar paralelo a ella.

El escoliasta se permite sus secretos porque, al fin y al cabo, de ellos está hecho; sus textos también son sus silencios. Es pretender tener un volumen bajo, una modulación delicada pero nunca vacilante (acaso como el epistológrafo, el diarista o el reseñista). En todo caso, una escritura sin más: “Literatura es todo lo que está escrito con talento” (*Sucesivos escolios*). En la que se ha entregado todo, cuando es verdadera; y que por eso jamás podría mentir, ni siquiera cuando calla. Entre su paciencia, su lentitud, su madurez, el escolio es uno de los registros del solitario:

Humildemente acepto que me circun-  
de un ancho silencio; pero haced, Dios  
mío, que las palabras pueblen mi so-  
ledad y labren en ella sus ricas mieles  
(*Notas*).

Pero la paradoja reside en que, en este tipo de prosa, la personalidad del que escribe no podría separarse de su propia palabra,

porque es de su deseo, su erotismo, su pensar, su lengua, de lo que está hecha; y, para este caso, Gómez Dávila no era un hombre ordinario que pudiera pasar inadvertido. Había en él un carácter de hombre que nunca dejó de buscarse, de preguntarse y de andar por su mundo, con una tenacidad que rara vez encontramos.

¿Quiénes suelen tener la valentía de ver su vida a la cara? ¿De darle nombre a sus miserias? ¿De sacudir su desolación? ¿De intentar no mentirse cada mañana? ¿De vivir la propia vida con dignidad pero sin soberbia, y sin querer cambiarla por la de los demás? ¿Qué pocos son los que se atreven a cambiar su envidia por admiración! ¿Qué pocos son los que renuncian al centro para volverse orilla! Los escolios de Gómez Dávila son también el testimonio honesto y feroz de su lucha interna:

Cuidémonos de llamar “aceptar la vida” aceptar sin resistencia lo que degrada (*Sucesivos escolios*).

No somos la suma de nuestros actos. Somos la integridad de nuestro secreto cristal, o su más secreta fisura (*Nuevos escolios I*).

Su entrega fue total y su fidelidad inquebrantable. Su alma brilló por su fuerza de viento que arremete. Por eso, leer a Gómez Dávila es conversar con un hombre que nos ofrece su confianza y también la reserva de las confesiones; es detenerse en sus gestos, discordar, molestarse, renegar, regresar a la primera palabra, no llegar al fin,

hundirse en los silencios; pero siempre en el ademán amistoso, pues quien ha elegido la orilla, el margen, es porque ha optado por el respeto y la humanidad: el escoliasta, antes que en la escritura, se entrenó ante todo en el escuchar. Visto así, su palabra no tiene cómo opacarse. Y dentro de sí, guardaba y cuidaba esa conciencia:

No es una obra lo que quisiera dejar. Las que me interesan se hallan a infinita distancia de mis manos. Pero un pequeño volumen que, de cuando en cuando, alguien abra. Una tenue sombra que seduzca a unos pocos. ¡Sí! Para que atravesase el tiempo, una voz inconfundible y pura (*Notas*).

Alguna vez él mismo dijo que su vida solo podía encontrarse en dos puntos, y solo en ellos sentía la plenitud y el equilibrio que durante tantos años había buscado. Uno de ellos era la idea, el continuo pensar, el vivir los problemas de la filosofía, sus principios y normas, como cuestiones irresolubles y por eso mismo siempre fecundas: un río que no llega nunca a su mar porque, ya dentro de sí, ha sido ese mar.

El otro no era más que la voluptuosidad, ese erotismo inagotable del instante: el cuerpo tibio de mujer que cubre de placer, en la noche que abraza, en la respiración que se roba. Así, para Nicolás Gómez Dávila no había más que su amanecer, que lo podía hallar ante ese problema insoluble o ante el cuerpo amado. Un amanecer que no era despertar sino arribo en ese viaje de la noche y del deseo. ■



*Felipe Restrepo David (Colombia)*

Ensayista. Estudió filosofía en la Universidad de Antioquia y una maestría en Literatura en la Universidad de São Paulo. En 2008 publicó *Conversaciones desde el escritorio*.